

Jesucristo, liberador de la condición humana

Preparado por Equipo Central EFI Guatemala¹

En la religión judía de tiempos de Jesús todo estaba prescrito y determinado: primero, las relaciones con Dios; después, las relaciones entre los hombres. La conciencia se sentía oprimida por un fardo insoportable de prescripciones legales. Jesús formula una impresionante protesta contra semejante esclavización del hombre en nombre de la ley.

En este capítulo se muestra cuál es la actitud fundamental de Jesús: libertad frente a la ley, pero sólo para el bien y no para el libertinaje. La ley tiene únicamente una función humana de orden, de crear posibilidades de armonía y comprensión entre los hombres. Por eso las normas del Sermón de la Montaña presuponen el amor, el hombre nuevo y liberado para cosas mayores.

El tema de la predicación de Cristo no fue él mismo ni la Iglesia, sino el reino de Dios. El reino de Dios expresa la total liberación de la realidad humana y cósmica, utopía inscrita en el corazón del hombre. Es la situación nueva del viejo mundo, totalmente lleno de Dios y reconciliado consigo mismo. En una palabra: se podría decir que el reino de Dios significa una revolución total, global y estructural del viejo orden, llevada a cabo por Dios y solamente por Dios. Por eso, el reino es reino de Dios en sentido objetivo y subjetivo.

Cristo se entiende a sí mismo no sólo como un predicador y profeta de esta novedad (evangelio), sino como un elemento de la nueva situación transformada. Él es el hombre nuevo, el reino ya presente, aunque bajo una apariencia de debilidad. Adherirse a Cristo es condición indispensable para participar en el nuevo orden introducido por Dios (Lc 12, 8-9). Para que se realice esa transformación liberadora del pecado, de sus consecuencias per-

¹ EFI significa Escuela de Formación Ignaciana.

sonales y cósmicas y de todos los demás elementos alienantes sentidos y sufridos en la creación, Cristo formula dos exigencias fundamentales: conversión de la persona y reestructuración de todo su mundo.

1. El reino de Dios implica una revolución en el modo de pensar y actuar

El reino de Dios afecta primero a las personas. A ellas se les exige la conversión. Conversión significa mudar el modo de pensar y actuar en el sentido de Dios, y esto supone una revolución interior. Por eso Jesús comienza predicando: «Convertíos, porque el reino de los cielos está cerca» (Mt 3,2; 4,17). Convertirse no consiste en ejercicios piadosos, sino en un nuevo modo de existir ante Dios y ante la novedad anunciada por Jesús.

La conversión implica siempre una división: «Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, os lo aseguro, he venido a traer la división, porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos: tres contra dos y dos contra tres ... » (Lc 12,51-52). Sin embargo, esta transformación en el modo de pensar y de actuar no quiere ser sádica: intenta llevar al hombre a una crisis y a que se decida por el nuevo orden que ya está en medio de nosotros, esto es, Jesucristo mismo (Lc 17,21). A Jesús no le interesa principalmente si el hombre observó estrictamente todas las leyes, si pagó el diezmo de todas las cosas y si observó todas las prescripciones legales de la religión y de la sociedad.

A él le interesa, en primer lugar, si el hombre está dispuesto a vender sus bienes para adquirir el campo del tesoro escondido, si está dispuesto a enajenar todo para comprar la perla preciosa (Mt 13,45-46), si para entrar en el nuevo orden tiene el valor de abandonar familia y fortuna (Mt 10,37), arriesgar su propia vida (Lc 17,33), arrancarse un ojo y cortarse una mano (Mc 9,43 y Mt 5,29). Ese no al orden vigente no significa ascetismo, sino una pronta actitud para responder a las exigencias de Jesús. Ahora, pues, urge abrirse a Dios.

Esa exigencia va tan lejos que Jesús amenaza con las siguientes palabras: «Si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo» (Lc 13,3-5). El diluvio es inminente y ésta es la última hora (Mt 24,37-39; 7,24-27). El hacha está colocada en la raíz del árbol, y si no da frutos, será cortado (Lc 13,9). En breve, el dueño de casa cerrará la puerta y los retrasados habrán de oír estas palabras:

“No sé de dónde sois» (Lc 13,25b), ya es tarde (Mt 25,11). Por eso, al hombre que comprendió esta situación de crisis radical se le llama prudente (Mt 7,24; 24,45; 25,2.4.8.9; Lc 12,42) porque toma una decisión en favor del reino capaz de soportar y vencer todas las tentaciones (Mt 7,24-25). El convite es para todos.

La mayoría, sin embargo, se encuentra de tal forma atareada con sus quehaceres que desecha la invitación para la fiesta nupcial (Lc 14,16-24). Principalmente los ricos se ven rechazados (Mc 10,25; cf. Mt 23,24). La puerta es estrecha y no todos tienen la fuerza suficiente ni luchan para entrar por ella (cf. Lc 13,24). La necesidad de conversión exige, a veces, ruptura de los lazos naturales más elementales del amor para con los familiares muertos que van a ser enterrados (Lc 9,59ss; Mt 8,21ss). Quien se ha decidido por la novedad de Jesús, sólo mira hacia adelante. El pasado quedó atrás (cf. Lc 9,62). Hay cierto carácter de intimidación en la invitación de Jesús.

Un ágraphon transmitido por el evangelio apócrifo de Tomás, es considerado, por los buenos exegetas, como auténtico de Jesús; dice perentoriamente: «Quien está cerca de mí está cerca del fuego; quien está lejos de mí está lejos del reino». La opción por Jesús no puede quedar a medio camino, como el constructor de una torre que comenzó a levantarla y después dejó su obra incompleta, o como el rey, que partió con aire triunfal para la guerra y, frente a la fuerza del enemigo, tuvo que retroceder y pactar con él (Lc 14,28-32). Urge reflexionar antes de aceptar el convite.

Decir «¡Señor, Señor!» no basta. Hay que hacer lo que él dice (Lc 6,46). De lo contrario, su última situación es peor que la primera (Mt 12,43-45b; Lc 11,24-26). La conversión misma es como el traje nupcial, como la cabeza perfumada y el rostro acicalado (Mt 6,17), como la música y la danza (Lc 15,25), como la alegría del hijo que regresa a la casa paterna (Lc 15,32; 15,7), semejante a la satisfacción que se tiene al encontrar el dinero perdido (Lc 15,8-10). Y todo eso comienza a surgir en el hombre desde el momento en que se hace pequeño (Mt 18,3). La frase: «Si no os cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18,3; cf. Mc 10, 15; Lc 18,17) no tiende a exaltar la inocencia natural de éstos.

Cristo no es un sentimental romántico. El punto de comparación reside en otro lugar: así como el niño depende totalmente de la ayuda de los padres y nada puede por sí solo, así debe hacer el

hombre ante las exigencias del reino. San Juan hace decir claramente a Jesús: «El que no nace de lo alto no puede ver el reino de Dios» (Jn 3,3). Se exige un nuevo modo de pensar y actuar. Esto queda más claro aún si consideramos la actitud de Jesús ante ese modo de pensar y actuar.

a) Jesucristo, liberador de la conciencia oprimida

En la religión judía, en tiempos del Nuevo Testamento, todo estaba prescrito y determinado: primero, las relaciones para con Dios; luego, las relaciones entre los hombres.

Todo era sancionado como voluntad de Dios expresada en los libros santos de la ley. Esta se llegó a absolutizar de tal manera que, en algunos círculos teológicos, se enseñaba que el propio Dios en los cielos se ocupaba en su estudio varias horas al día. La conciencia se sentía oprimida por un fardo insoportable de prescripciones legales (cf. Mt 23,4). Jesús levanta una impresionante protesta contra semejante esclavitud del hombre en nombre de la ley. «El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado» (Mc 2,27). Sin embargo, en el Antiguo Testamento se dice claramente: «No añadiréis nada a lo que yo os mando, ni quitaréis nada de lo que yo os ordeno, al guardar los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios» (Dt 4,2).

Jesús se toma la libertad de modificar varias prescripciones de la ley mosaica: la pena de muerte para los adúlteros sorprendidos en flagrante delito (Jn 8,11), la poligamia (Mc 10,9), la observancia del sábado (Mc 2,27), considerado como símbolo del pueblo escogido (Ez 20,12), las prescripciones acerca de la pureza legal (Mc 7,15) y otras. Jesús se comporta con libertad soberana frente a las leyes. Si auxilian al hombre, aumentan o posibilitan el amor, él las acepta. Si, por el contrario, legitiman la esclavitud, las repudia y exige su quebrantamiento. No es la ley la que salva, sino el amor: ése es el resumen de la predicación de Jesús.

Jesús desteologiza la concepción de la ley: la voluntad de Dios no se encuentra sólo en las prescripciones legales y en los libros santos, sino que se manifiesta principalmente en los signos de los tiempos (Lc 12,54-57). El amor que él predica y exige, debe ser incondicional para amigos y enemigos (Mt 5,44). Sin embargo, si Cristo libera al hombre de las leyes, no lo entrega al libertinaje o a la irresponsabilidad. Al contrario, crea lazos y ataduras más fuer-

tes aún que los de la ley. El amor debe unir a todos los hombres entre sí.

En el aparato crítico del Evangelio de Lucas (6,5 del Codex D) se cuenta la siguiente anécdota, que revela claramente la actitud de Jesús frente a la ley: Jesús encuentra un sábado a un hombre trabajando en el campo y le dice: «Amigo, si sabes lo que haces, eres dichoso, pero si no lo sabes, eres un maldito y un transgresor de la ley». ¿Qué quiere decir Jesús? ¿Quiere abolir definitivamente las fiestas sagradas y el sábado? Lo que afirma, y en ello vemos su libertad e inconformismo («Habéis oído también que se dijo a los antepasados... Pues yo os digo», Mt 5,21ss), viene a ser lo siguiente: <Hombre, si sabes por qué trabajas en sábado, como yo curé en día prohibido la mano seca a un hombre (Mc 3,1), a una mujer encorvada (Lc 13,10) y a un hidrópico (Lc 14), si sabes trabajar en sábado para auxiliar a alguien y sabes que para los hijos de Dios la ley del amor está por encima de todas las leyes, entonces serás feliz.

Pero si no lo sabes y, por frivolidad, capricho y placer, profanas el día santo, serás maldito y transgresor de la ley». Aquí vemos la actitud fundamental de Jesús: libertad sí, frente a la ley. Pero sólo para el bien y no para el libertinaje. Cristo no está contra nada. Está a favor del amor, de la espontaneidad y de la libertad. Para defender valores positivos tiene que estar a veces en contra de la ley.

Parafraseando a Rom 14,23, podemos decir: Todo lo que no viene del amor es pecado. En otra ocasión asistimos a la misma preocupación de Jesús por liberar al hombre de las convenciones y los prejuicios sociales. En el tiempo y en la patria de Jesús, el varón gozaba del privilegio de poseer varias mujeres y poder separarse de ellas. La ley de Moisés decía: «Cuando un hombre toma a una mujer y se casa con ella, si resulta que esta mujer no halla gracia a sus ojos, porque descubre en ella algo que le desagrada, le redactará un libelo de repudio y la despedirá de su casa» (Dt 24,1). En la jurisprudencia de la época eran motivos suficientes para que una mujer no agradara al hombre: no ser hermosa, no saber cocinar, no tener hijos, etc. Jesucristo se alza contra tal situación y dice taxativamente: «Lo que Dios unió, que no lo separe el hombre» (Mc 10,9).

Estas palabras revelan el espíritu decidido de Jesús contra la anarquía legalizada. En el reino de Dios debe reinar la libertad y la

igualdad fraterna. Jesús la conquistó en él. Pablo, que comprende pronto y profundamente la novedad de Jesús, escribe a los Gálatas: "Para ser libres nos libertó Dios. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud. Pero no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros. Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo concepto: Amarás ti tu prójimo como a ti mismo» (Gál 5,1.13-14).

b) El comportamiento del hombre nuevo:

La conversión que Jesús pide y la liberación que nos conquistó son para el amor sin discriminación. Hacer del amor la norma de vida y de conducta moral, es algo difficilísimo para el hombre. Es más fácil vivir dentro de la ley y de unas prescripciones que todo lo prevén y determinan. Difícil es crear para cada momento una norma inspirada en el amor. El amor no conoce límites. Exige fantasía creadora. Sólo existe en el dar y ponerse al servicio de los otros. Y sólo dando se tiene. Esa es la «ley» de Cristo: que nos amemos los unos a los otros como Dios nos ha amado.

Ese es el único comportamiento del hombre nuevo, libre y liberado por Cristo e invitado a participar del nuevo orden. Ese amor se expresa en fórmulas radicales, como las del Sermón de la Montaña: no sólo el que mata, sino también el que irrita a su hermano es reo de juicio (Mt 5,22) ; comete adulterio aquel que desea una mujer en su corazón (Mt 5,28) ; no se debe jurar de ninguna forma; sea vuestra palabra: sí, sí; no, no (Mt 5,34-37) ; no resistas a los malos; si alguien te abofetea en la mejilla derecha, ponle también la otra; y al que lucha contigo para quitarte el vestido, dale también el manto (Mt 5,39-40), etc.

¿Es posible, con estas normas, organizar la vida y la sociedad? Ya Juliano el Apóstata veía aquí un argumento para rechazar el cristianismo: es simplemente impracticable para el individuo, para la familia y para la sociedad. Algunos piensan que las exigencias del Sermón de la Montaña quieren demostrar la imposibilidad del hombre para hacer el bien. Tienden a llevar a éste, desesperado y convencido de su pecado, al Cristo que cumplió todos los preceptos por nosotros, y así nos redimió. Otros dicen: el Sermón de la Montaña predica únicamente una moral de la buena intención interior. Dios no mira tanto lo que hacemos cuanto cómo lo hacemos.

Un tercer grupo opina de la siguiente forma: las exigencias de Jesús deben ser entendidas dentro de la situación histórica.

Jesús predica la próxima aparición del reino de Dios. El tiempo urge y es corto. Es el momento de la opción final, la hora veinticinco. En ese pequeño intervalo hasta el establecimiento del nuevo orden, debemos arriesgar todo y prepararnos. Existen leyes de excepción. Es una moral del tiempo que falta hasta que aparezcan el nuevo cielo y la nueva tierra. Estas tres soluciones encierran algo de cierto. Pero no atinan con lo esencial, porque dan por supuesto que el Sermón de la Montaña es una ley. Cristo no vino a traer una ley más radical y severa, no predicó un fariseísmo más perfeccionado. Predicó el evangelio que significa una prometedora noticia: no es la ley la que salva, sino el amor.

La ley posee sólo una función humana de orden, de crear las posibilidades de armonía y comprensión entre los hombres. El amor que salva supera todas las leyes y convierte todas las normas en absurdas. El amor que Cristo exige, supera ampliamente la justicia. La justicia, en la definición clásica, consiste en dar a cada uno lo que es suyo. Lo suyo, lo de cada uno, supone evidentemente un sistema social previamente dado. En la sociedad esclavizante, dar a cada uno lo que es suyo, consiste en dar al esclavo lo que es suyo y al señor lo que es suyo; en la sociedad burguesa, dar al patrón lo que es suyo y al operario lo que es suyo; en el sistema neocapitalista, dar al magnate lo que es suyo y al proletario lo que es suyo. Cristo, con su predicación en el Sermón de la Montaña, rompe ese círculo.

La justicia que él predica no supone la consagración y legitimación de un "statu quo" social, levantado sobre la discriminación entre los hombres. El anuncia una igualdad fundamental: todos son dignos de amor. ¿Quién es mi prójimo?, he ahí una pregunta equivocada que no debe hacerse. Todos son prójimo de cada uno. Todos son hijos del mismo Padre y, por eso, todos son hermanos. De ahí que la predicación del amor universal represente una crisis permanente para cualquier sistema social y eclesiástico.

Cristo anuncia un principio que pone en jaque todo el fetichismo y la subordinación deshumanizante de cualquier sistema, social o religioso. Por eso, las normas del Sermón de la Montaña presuponen el amor, el hombre nuevo, liberado para cosas mayores: «Si

vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt/05/20).

Originariamente, el Sermón de la Montaña tenía carácter escatológico: Cristo predica el fin inminente. Para eso exige una conversión total en el sentido del amor. En la redacción actual de Mateo, las palabras de Jesús están situadas dentro de un contexto de Iglesia para la que el fin del mundo está en un futuro indeterminado. No obstante, dentro de esta nueva situación, se conservó lo esencial de la predicación de Jesús. Su mensaje no es de ley, sino de evangelio y de amor. El Sermón de la Montaña, en su formulación actual, quiere ser un catecismo de comportamiento del discípulo de Jesús, de aquel que ya abrazó la buena nueva y procura regirse según la novedad que Cristo ha traído: la filiación divina.

2. El reino de Dios supone evolución del mundo de la persona

La predicación de Jesús sobre el reino de Dios, no se dirige sólo a las personas exigiéndoles conversión. Se dirige también al mundo de las personas como liberación del legalismo, de las convenciones sin fundamento, del autoritarismo y de las fuerzas y potencias que subyugan al hombre. Veamos cómo se comporta Cristo frente a los mentores del orden vigente de su tiempo.

Los mentores del orden religioso y social son, para el pueblo sencillo, no los romanos de Cesarea, junto al mar, o de Jerusalén, ni el sumo sacerdote en el templo, ni, en un plano más inmediato, los gobernantes colocados por las fuerzas romanas de ocupación, como Herodes, Filipo, Arquelao o Poncio Pilato. Los que distribuyen la justicia, solucionan los casos y cuidan del orden público, son concretamente los escribas y fariseos. Los escribas son rabinos, teólogos que estudian cuidadosamente la Escritura y la ley mosaica, principalmente las tradiciones religiosas del pueblo.

Los fariseos constituyen un grupo de laicos muy fervorosos y piadosos. Observan todo al pie de la letra y cuidan que el pueblo también observe todo estrictamente. Viven esparcidos por todo Israel, mandan en las sinagogas, poseen enorme influencia sobre el pueblo y tienen para cada caso una solución deducida más o menos justamente de las tradiciones religiosas del pasado y de los comentarios de la ley mosaica (halaká). Todo lo realizan en función del orden vigente «para ser vistos por los hombres» (Mt 23,5). No son malos.

Al contrario, pagan todos los impuestos (Mt 23,23), buscan los primeros lugares en la sinagoga (Mt 23,6), son tan fervorosos de su sistema que recorren el mundo para conquistar un solo adepto (Mt 23,15) ; no son como los demás hombres: «rapaces., injustos, adúlteros, ni tampoco como ese publicano» (Lc 18,11) ; observan los ayunos y pagan el diezmo de todo lo que poseen (Lc 18,12) ; aprecian de tal forma la religión que edifican monumentos sagrados (Mt 23,29). Pero, pese a su perfección, poseen un defecto capital denunciado por Jesús: «descuidáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe» (Mt 23,23). «Esto es lo que había que practicar -comenta él-, aunque sin descuidar aquello» (Mt 23,23). Ellos dicen y no hacen. Atan pesadas cargas de preceptos y leyes y las ponen en los hombros de los otros, mientras que ellos ni con un dedo quieren moverlas (Mt 23,3-4).

Para entrar en el reino de Dios no basta hacer lo que la ley ordena. El presente orden de cosas no puede salvar al hombre de su alienación fundamental. Es un orden en el desorden. Urge una mudanza de vida y una transformación en los fundamentos de la vieja situación. Por eso los marginados del orden vigente están más próximos al reino de Dios que los otros. Jesús se siente especialmente llamado para ellos (Mt 9,13). Rompe con las convenciones sociales de la época.

Sabemos cómo se respetaba estrictamente la división de clases sociales entre ricos y pobres, prójimos y no prójimos, sacerdotes del templo y levitas de los pueblos, fariseos, saduceos y recaudadores de impuestos. Los que practicaban las profesiones despreciables eran evitados y maldecidos, como los pastores, los médicos, los sastres, los barberos, los carniceros y, principalmente, los publicanos (recaudadores de impuestos), considerados como colaboradores de los romanos.

¿Cómo se comporta Jesús frente a esta estratificación social? Soberanamente. No se ata a las convenciones religiosas, como lavarse las manos antes de comer, de entrar en casa y tantas otras. No respeta la división de clases. Habla con todos. Busca contacto con los marginados, los pobres y despreciados. A los que se escandalizan les grita: «No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores. Los sanos no precisan médico» (Mt. 11,19).

Conversa con una prostituta, acoge a gentiles (Mc 7,24-30), come con un gran ladrón, Zaqueo; acepta en su compañía un usure-

ro que después lo traiciona, Judas Iscariote; tres ex guerrilleros se convierten en discípulos suyos y permite que las mujeres lo acompañen en sus viajes, algo inaudito para un rabino de su tiempo. Los piadosos comentan: «Ahí tenéis a un comilón y un borracho, amigo de los publicanos y pecadores» (Mt 11,19). Seculariza el principio de autoridad. Las autoridades constituidas no son sin más representantes de Dios: «Lo del César devolvédsele al César y lo de Dios a Dios» (Mt 22,21). Al rey Herodes, que lo expulsa de Galilea, le manda decir: «Id a decir a ese zorro que yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana, y al tercer día acabo» (Lc 13,32). La autoridad es una mera función de servicio: «Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder.

Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que, el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, sea vuestro servidor» (Mt 20,25). No tiene ningún apego a las convenciones sociales: «Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos» (Mc 10,31) y «los publicanos y las rameras os adelantarán en el reino de Dios» (/ Mt/21/31). ¿Por qué? Por su situación de marginados del sistema socio-religioso judío, son más aptos para oír y seguir el mensaje de Jesús. No tienen nada que perder, pues nada tienen, o nada son socialmente. Sólo deben esperar. El fariseo, no. Vive asentado en el sistema que creó para sí: es rico, tiene fama, tiene religión y está seguro de que Dios se halla de su lado. Triste ilusión. La parábola del fariseo cumplidor fiel de la ley y orgulloso y del publicano arrepentido y humilde nos enseña otra cosa (Lc 18,9-14).

El fariseo no quiere escuchar a Jesús, porque su mensaje le es incómodo, le obliga a desinstalarse, le exige una conversión que hace abandonar el suelo seguro y firme de la ley y se rige por el amor universal que supera todas las leyes (Mt 5,43-48). No en vano los fariseos murmuran (Lc 15,2) y hacen mofa de Jesús (Lc 16,14), calumniándolo como poseso (Mt 12,24; Jn 8,48.52), concertándole entrevistas fraudulentas (Mt 22,15-22; Jn 7,38-8,11) intentan apresarle (Mt 21,45ss; Jn 7,30.32.44) e incluso matarlo (Mc 3,6; Jn 5,18; 8,59; 10,33), recogen material de acusación contra él (Mt 12,10; 21,23-27) y, por fin, están entre los que lo condenan a muerte. Pero Jesús no se deja intimidar. Predica la conversión individual y social, porque el fin último es inminente, «el tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca» (Mc 1,15; Mt 4,17).

3. Conclusión: significado teológico de las actitudes del Jesús histórico.

La figura de Jesús que surge de estos logia y relatos breves es la de un hombre libre de prejuicios con los ojos abiertos a lo esencial, volcado a los otros, principalmente a los más abandonados física y moralmente. Así nos enseña que el orden establecido no puede redimir la alienación fundamental del hombre. Este mundo, tal como está, no puede ser el lugar del reino de Dios (1 Cor 15,50). Necesita una reestructuración en sus mismos fundamentos. Lo que salva es el amor, la aceptación desinteresada del otro y la total apertura a Dios.

Aquí no hay ya amigos y enemigos, prójimos y no prójimos. Hay sólo hermanos. Cristo intentó con todas sus fuerzas crear las condiciones para la irrupción del reino de Dios, como total transfiguración de la existencia humana y del cosmos. Independientemente del éxito o fracaso (el éxito no es ningún criterio para el cristianismo), el comportamiento de Jesús de Nazaret tiene una gran significación para nuestra existencia cristiana. Es verdad que ya no vive entre nosotros el Jesús histórico, sino el Cristo resucitado, que está más allá de la historia.

No obstante, es válido hacernos semejante reflexión porque el Cristo resucitado es el mismo que el Jesús histórico de Nazaret, totalmente transfigurado, elevado a la derecha de Dios, en el momento culminante de la historia y ahora presente en medio de nosotros como Espíritu (2 Cor 3,17). El trajo una situación nueva. Utilizando las palabras de Carlos Mesters: «No nos cabe juzgar a los otros, definiéndolos como buenos o malos, fieles o infieles, pues la distinción entre buenos y malos desaparece si eres bueno para los demás. Si existen malos, entonces examina tu conciencia: has cerrado el corazón y no has ayudado al otro a crecer. La miseria del mundo nunca es disculpa ni motivo de fuga, sino acusación contra ti. No eres tú quien debe juzgar la miseria, sino que es ésta la que te juzga, y juzga tu sistema y te hace ver tus defectos (cf. Mt 7,1.5). La distinción entre prójimo y no prójimo ya no existe. Depende ahora de cada uno. Si te aproximas, el otro será tu prójimo. De lo contrario, no lo será.

Todo va a depender de tu generosidad y apertura. La regla de oro es: haz a los demás lo que quieres que hagan contigo (Mt 7,12). La distinción entre lo puro y lo impuro no existe fuera del hombre: sólo depende de él, de las intenciones de su corazón, donde está la raíz

de sus acciones. Sobre este particular no existe ya el apoyo de las muletas de la ley. El hombre tiene que purificar su interior, y todo lo de fuera será igualmente puro (Lc 11,41) ... La distinción entre obras de piedad y obras profanas ya no existe, porque la manera de practicar las obras de piedad no debe distinguirse de la manera de practicar las demás obras (Mt 6,17-18). La distinción verdadera es la que el hombre establece en su conciencia, confrontada con Dios (Mt 6,4.6.18). La visión clara y jurídica de la ley ha desaparecido. La ley ofrece un objetivo claro, expresado en el Sermón de la Montaña, objetivo de entrega total que va a exigir generosidad, responsabilidad, creatividad e iniciativa por parte del hombre.

Jesús permite que se observen aquellas tradiciones, en tanto no perjudiquen, sino que favorezcan el objetivo principal (Mt 5, 19-20; 23,23). La participación en el culto ya no da al hombre garantías de estar a bien con Dios. La garantía está en la actitud interior que procura adorar a Dios en "espíritu y en verdad".

Esa actitud es más importante que la forma exterior y es ella la que juzga y testimonia la validez de las formas exteriores del culto» (Carlos Mesters, Jesús e o povo, 171-172).

Los discípulos deben seguir las actitudes de Jesús. Tales actitudes inauguran en el mundo un nuevo tipo de hombre y de humanismo que nosotros juzgamos como el más perfecto que jamás haya surgido, con capacidad para asimilar valores nuevos y extraños sin traicionar su esencia.

El cristiano no pertenece a ninguna familia, sino a la familia de todo el mundo. Todos son sus hermanos. Como decía el autor de la Carta a Diogneto (¿Panteno? hacia el año 190): «Obedecen a las leyes establecidas, pero su vida supera la perfección de la ley... Toda la tierra extranjera es para ellos una patria y toda patria una tierra extranjera». Están en este mundo, trabajan en él, ayudan a construir y también a dirigir. Sin embargo, no ponen en él sus últimas esperanzas.

Quien, como Jesús, soñó con el reino de los cielos no se contenta con este mundo tal como es. Se siente, frente a este mundo lleno de ambigüedades, como un «parroquiano», en el sentido primitivo y fuerte que esa palabra tenía para Clemente Romano (+97) o Ireneo (+202) ; esto es, se siente extranjero en camino hacia una pa-

tria más humana y feliz. Por algún tiempo debe vivir aquí, aunque sabe que desde que apareció Jesús, el hombre puede soñar con un nuevo cielo y una nueva tierra.

Jesús devolvió al hombre a sí mismo superando profundas alienaciones que se habían incrustado en él y en su historia; en las cuestiones importantes de la vida nada puede sustituir al hombre, ni la ley, ni las tradiciones, ni la religión. El debe decidirse de dentro hacia fuera, frente a Dios y frente al otro. Para ello necesita creatividad y libertad. La seguridad no viene de la observancia minuciosa de las leyes y de su adhesión estricta a las estructuras sociales y religiosas, sino del vigor de su decisión interior y de la autonomía responsable de quien sabe lo que quiere y para qué vive. No sin razón, Celso, el eminente filósofo pagano del siglo III, veía a los cristianos como hombres sin patria y sin raíces, que se oponían a las instituciones divinas del Imperio. Por su modo de vivir, decía este filósofo, los cristianos levantaron un grito de rebelión (phoné stáseos).

No porque ellos estuvieran contra los paganos y los idólatras, sino que estaban a favor del amor indiscriminado a paganos y cristianos, a bárbaros y a romanos y desenmascaraban la ideología imperial que hacía del emperador un dios, y de las estructuras del vasto imperio, algo divino. Como decía el Kerygma Petri, los cristianos formaban el *tertium genus*, un tercer género de hombres, diferente del de los romanos (primer género) y del de los bárbaros (segundo) y formado por ambos indiscriminadamente. Lo que cuenta ahora no son las categorías exteriores y las etiquetas que los hombres pueden colgar y descolgar, sino lo que se revela en el corazón, lo que abre a Dios y al otro.

Aquí se decide quién es bueno o malo. divino o diabólico, religioso o arreligioso. El nuevo comportamiento de los cristianos provocó, sin violencia, un tipo de revolución social y cultural en el Imperio romano que sustenta nuestra civilización occidental, hoy vastamente secularizada y olvidada de su principio genético. Todo esto entró en el mundo a causa del comportamiento de Jesús, que sacudió al hombre en sus raíces, poniendo el principio «esperanza» y haciéndole soñar con el reino, que no es un mundo totalmente distinto de éste, sino éste mismo., totalmente nuevo y renovado.

Preguntas para la reflexión personal:

¿Qué significa que Jesús formula una protesta contra la esclavización del hombre en nombre de la ley?

¿Por qué razones considero que el Reino de Dios implica una revolución en el modo de pensar y actuar?

¿Por qué la conversión a Jesús implica una división? ¿Cómo entenderlo en la realidad personal, familiar, laboral, social?

¿Qué aprendo para mi vida personal sobre lo que es importante para Jesús, en la vida de todo cristiano? ¿A qué debo poner importancia y atención? ¿En dónde debo gastar energía y poner creatividad en mi vivencia cristiana?

¿Qué se me pide a mí como actitud de mujer-hombre nuevo en el seguimiento de Jesús? ¿Cuáles son las señales o los signos con los que se me notaría mi seguimiento radical de Jesús?

Preguntas para la reflexión e intercambio grupal:

El seguimiento radical de Jesús implica para todo cristiano una nueva actitud ante la sociedad, ante la institución en la que laboro, para el mundo...¿Cuál y cómo?

¿Qué me muestra la ÉTICA DE JESUS respecto a la ética personal, social y comunitaria que debo vivir como cristiano-a?

¿Qué significado teológico reflejan las actitudes de Jesús descubiertas en el tema de estudio, respecto de mi compromiso cristiano?